

junto *esencial* para poder adentrarnos en las ideologías a las que estaba expuesto semana tras semana el lector de la segunda mitad del siglo XIX. Trabajos los ha habido que han intentado adentrarse en la recepción foránea del lector decimonónico, pero no con un material tan copioso que haya diseccionado todas las vertientes posibles de la cultura, la sociedad, la ideología, la religión y, cómo no, la ciencia. Y este es el último aspecto que deseo destacar de este libro. Para los estudiosos decimonónicos leer los capítulos sobre la ciencia, la industria y el progreso que de forma documentadísima explican José M. Goñi y H. Pageaux en la sección *Ciencia*, es adentrarse en la esencia del lector de esos años. Goñi en un extenso y ejemplar trabajo analiza las múltiples referencias sobre la ciencia extranjera y es capaz de presentar a raíz de los comentarios sobre la ciencia y la industria extranjera una idea clara de los problemas que acontecían a España en materias tan dispares como en la relación de la ciencia y el arte; la ciencia y la educación, los problemas y las soluciones propuestas a las ciencias naturales o al carácter científico que se otorgaba al espiritismo, por ejemplo. En cuanto a la Industria, destacan los subcapítulos de la agricultura y la minería en su relación a los problemas de España y a la imitación de lo que se llevaba a cabo en aquellas décadas en los países más industrializados. Mención especial tiene el apartado dedicado a la “Revista de Ciencias” entre 1869 y 1881, un apartado este de gran mérito y de copiosísimos datos que pone de relieve la gran figura del vulgarizador Emilio Huelín y de las principales teorías científicas que se explicaban con detalle al lector del XIX. Si Francia había sido la gran referencia en el contexto cultural y político en *LIEA*, Goñi pone de manifiesto que en el tema de la ciencia serán Alemania, el Reino Unido y Estados Unidos los países propuestos a los que había que emular. El peso, la importancia y la recepción de la Ciencia extranjera en todas las secciones de la revista nos hace pensar en un lector burgués decimonónico que estaba mucho más expuesto a teorías e ideologías mucho más complejas de lo que parece. Como explica Pageaux al analizar las Exposiciones Universales: “En cada exposición se va repitiendo la escena fundacional sobre la que se abre el siglo XIX: España bajo o ante la mirada de los extranjeros. Conocida es la conclusión o la solución: los españoles vistos por sí mismos... base del costumbrismo y del exotismo que he llamado “interior”. Existe como vimos esta realidad, esta tentación. Pero uno de los méritos más originales y valiosos de *LIEA* ha sido sin duda alguna intentar superar, cada vez que haya sido posible, este punto de vista nacional o interno o cerrado, por la confrontación de puntos de vista, apostando a la postre por la inteligencia del lector” (p. 550). Leer con detenimiento el análisis de Pageaux es formarse una idea de lo que al lector le preocupaba.

Un libro de referencia, en definitiva, que aporta una visión imprescindible del lector decimonónico y una metodología de catalogación y análisis que ha de ser seguida en posteriores trabajos que aspiren a dar una impresión precisa de la recepción de la cultura extranjera.

RICARDO DE LA FUENTE BALLESTEROS
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Solange Hibbs et Jacques Ballesté (eds.) *Le voyage comme source de connaissance en d'utopies aux XIX et XX siècles*. Toulouse. Lansman. 2013.

Hibbs y Ballesté ya habían presentado en 2009, también con la editorial Lansman, *Le temps des possibles (Regards sur l'utopie en Espagne aux XIX^e siècle)*. Aquella

colección de ensayos sobre nuestras utopías decimonónicas ofrecía interesantes acercamientos a figuras señeras de la vida española del XIX y sus personales acercamientos a la utopía. Era el caso de Emilia Pardo Bazán y las utopías femeninas (Marisa Sotelo), el pensamiento de Rosario de Acuña (Solange Hibbs), la utopía europea de Concepción Arenal (Aurélie Pirat), o las relaciones de Clarín con la utopía socialista (Laureano Bonet). Otros ensayos versaban sobre la ciencia y la autopía en la prensa española del medio siglo (Catherine Sablonnière), sobre la presencia de futuros utópicos en la literatura de la segunda mitad del XIX (Leonardo Romero Tobar), sobre utopías y distopías en ese siglo tan pleno de contradicciones (Jacques Ballesté), o sobre un personaje poco conocido, pero de indudable interés, como es Perfecto Gandarias y su novela *Aventuras de un proscripto* (Jacques Ballesté). Todo ello presidido por un ensayo de Yvann Lissorgues en el que se hablaba del paso del optimismo utópico del XIX a nuestro pesimismo actual.

Cuatro años después, Hibbs y Ballesté nos vuelven a ofrecer otra colección de ensayos sobre la utopía. Ampliado en esta ocasión el marco temporal, que ahora incluye el siglo XX, y ligada, en este tomo, la utopía al viaje. No en vano cualquier utopía necesita de un viaje que nos coloque, al lector y al viajero, en esa dimensión distinta y a la vez, familiar y cercana del territorio utópico, trasunto tantas veces del propio.

Volvemos a encontrar asuntos y temas del tomo anterior, como una nueva contribución de Jacques Ballesté al estudio y conocimiento de Perfecto Gandarias, ahora sobre otra de sus obras: *Viajes del joven Florentino*, en la que el personaje (mentor de un joven discípulo) se mueve por Inglaterra, Cuba, México, Senegal, Egipto, Grecia y Malta antes de regresar a Francia, en un viaje entre descubrimiento, sueño y teoría política colonialista.

Otro personaje que vuelve aparecer en este estudio de las utopías es Clarín, ahora gracias a un trabajo de Caróle Fillière, autora que en los últimos tiempos ha enriquecido notablemente la bibliografía clariniana. Fillière, en esta ocasión, reflexiona sobre la presencia de los viajes en la obra de Clarín. “Aventure intérieure et intime [...] expérience littéraire et imaginaire” del autor de *La Regenta*.

Otro personaje que repite presencia es Rosario de Acuña, evocada en un emocionado y emocionante ensayo de Xosé Bolado, en el que, a partir de una abundante documentación de la época, revisa la vida de esta escritora, ejemplo palpable, como nos va desgranando el texto de Bolado, de luchadora infatigable y contumaz por una utopía que ella nunca dejó de ver como realidad tangible y alcanzable.

Sobre los viajes fantásticos a parajes utópicos y distópicos de nuestro siglo XVIII trata Elena de Lorenzo. Obras como *Descripción de la Sinapia*, la *Utopía de los Aparchontes*, el *Tratado sobre la Monarquía Columbina*, el *Viaje a Selenópolis*, o los *Viajes de Enrique Wanton* son analizadas con detalle, entre otras obras de este siglo que tan rico fue en visiones utópicas (o distópicas) de cariz pedagógico.

Gregorio Morán analiza la relación entre utopía y poder en un brillante artículo que enlaza, de alguna manera, con el estudio de Lissorgues en el volumen anterior, en una común consideración del fracaso de la utopía.

París, el viaje soñado para generaciones de españoles, viaje que para muchos fue una utopía personal que nunca llegó a cumplirse, es el tema de dos de los estudios de este tomo. Dos estudios que abordan viajeros muy diferentes, temperamentos muy distintos, y dos maneras radicalmente opuestas de entender el viaje.

Annaëlle Evrard estudia el singular caso de Julián del Casal, ese parisino que nunca llegó a pisar las calles de París. Casal, según la autora, vivió en un permanen-

te “viaje inmóvil” y su forma de enfrentarse a la resignación de no llegar a conocer la ciudad de sus sueños, fue la elaboración de alternativas imaginarias a esa situación real. “Francia, –nos dice Evrard sobre Julián del Casal y su galicismo-, sigue siendo el nombre de una construcción literal y artística, de una utopía”. Utopía necesaria y, paradójicamente, desengañada, de una ciudad ideal en la que nunca se va a vivir. Necesaria utopía porque en el escéptico Casal late el convencimiento de que la ciudad auténtica le decepcionaría, de que el París real es muy inferior al París que él sueña.

Muy diferente es el caso de Eugenio D’Ors, que marcha a París como corresponsal, “a ver muchas cosas”, como el mismo D’Ors dice, y Marisa Sotelo refleja en el título de su contribución a este libro. D’Ors es viajero y escritor. Cita Sotelo a Pardo-Bazán: “El viaje escrito es el alma del viajero”. Es buena presentación para asomarnos al alma de este periodista, glosador, y prolífico escritor. Retazos de su alma de viajero son la colección de textos, escritos entre 1906 y 1910, que Sotelo analiza, y en las que aparecen los impresionistas, una exposición de pintores rusos, avances técnicos y sociales, incidentes políticos, irónicos reflejos de la sociedad parisienses, reflexiones sobre el affaire Dreyfuss. Un alma llena de curiosidad, capaz de interesarse por todo y de transmitir a sus lectores, en una prosa de cuidado y atractivo estilo, los múltiples aspectos de la vida parisiense.

Si París fue el utópico destino de muchos viajes soñados y nunca cumplidos, también de Francia vino el máximo creador de utopías futuristas del siglo: Jules Verne. Solange Hibbs indaga, en su artículo, sobre una de las últimas obras del fabricante de sueños tecnológicos: *La isla de hélice*, obra, según nos dice Hibbs inserta en la última etapa, pesimista y desengañada, de Verne. Como otras utopías, está situada en una isla. Nos recuerda la autora que las islas eran escenarios preferentes de estados utópicos porque eran territorios desconocidos. a los que había que viajar y que muchas veces resultaban difíciles de encontrar. Esta isla, como es de rigor en Verne, era artificial, un producto de la triunfante ingeniería del siglo XIX y la población que en ella vive goza de todo tipo de comodidades y ventajas materiales. Pero el egoísmo y la ambición humana acaban destrozando la utopía tecnológica en la que Verne ha dejado de creer.

Sobre el viaje nos hablan Álvaro Ruiz de la Peña, Dolores Thion Soriano-Mollá y José Luis Mora García.

Ruiz de la Peña se centra en un personaje fundamental de nuestra cultura, el músico Isaac Albéniz, y en las *Impresiones y Diarios de viaje* que permanecían inéditos y fueron publicados por Enrique Franco en el 2009. Ruiz de la Peña deslinda las dos partes del manuscrito: una primera en la que el músico recoge el viaje que realiza por Europa en 1880, cuando tenía 20 años y una segunda, que el propio Albéniz titula *Pensamientos, aforismos y otras zarandajas con sus puntos y ribetes de autobografía [Niza. 1898-1904]*. Ruiz de la Peña indica que no es posible una clasificación genérica de estos “pequeños testimonios de escritura personal” que ni tienen una intención literaria, sino que más bien componen un ejercicio homeopático de autoayuda, un intento de poner orden en el caos de una personalidad dispersa. Y más allá, son, para Ruiz de la Peña, una evidencia de que el pensamiento crítico y la modernidad artística no estaban limitados a los escritores, sino que otros artistas, tradicionalmente ignorados e incluso despreciados en su vertiente intelectual, también compartieron estas preocupaciones.

Dolores Thion se enfrenta a una de los más reconocidos intelectuales de esos años fronterizos entre el XIX y el XX, Rafael Altamira y a la cobertura que la prensa

de la época hizo de su viaje a América. En los últimos años una serie de estudios y trabajos sobre Altamira (entre los que hay varias contribuciones de Thion) han actualizado una figura de indudable interés y de constante presencia, durante décadas, en la cultura española. La vocación americanista de Altamira, su interés en divulgar en España en el conocimiento de lo que ocurría en las antiguas colonias, son elementos ya conocidos y estudiados. Entre 1909 y 1910 viaja por una serie de países hispanoamericanos (Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Cuba y México) y este viaje se convierte, probablemente, en el viaje más mediático que ha realizado nunca un intelectual español en el desarrollo de su trabajo. Thion analiza pormenorizadamente las circunstancias de ese viaje: sus causas, preparación, desarrollo y consecuencias, a la luz de las noticias y comentarios aparecidos en la prensa de la época, componiendo un amplio fresco de este viaje que fue, según la autora, una “utopía en la que él [Altamira] firmemente creyó” y que gracias a sus afanes y a su preparación racional y lógica, obtuvo una serie de resultados entre los que menciona un significativo incremento del intercambio universitario entre España y América, y una modificación progresiva de las relaciones internacionales a raíz de la cual, “el problemático fin del Imperio dejó de ser considerado como un problema exclusivamente nacional para ser ubicado en el marco de una crisis coyuntural internacional”.

José Luis Mora nos propone un acercamiento a María Zambrano a través de una visión de una ciudad ausente: Segovia. El título del ensayo de Zambrano es “Un lugar de la palabra: Segovia” y según Mora está escrito acerca de “aquel espacio vivido previamente que renace de nuevo, cobra nueva vida a través de la palabra. Pero no de cualquier palabra sino de la que se nutre de la experiencia radical de vivir en ella con el compromiso de hacerla y el sufrimiento de padecerla”. En un homenaje a la gran prosista que fue María Zambrano, Mora nos ofrece unas páginas de singular y cautivadora belleza expresiva en las que se recrea cómo y porqué la escritora de Vélez-Málaga creó, en el ensayo mencionado, esa imagen literaria y brillante de una ciudad ausente, pero presente en las páginas de su evocación. “Un viaje largo y tortuoso el recorrido entre la presencia, la ausencia y la presencia recobrada de la ciudad de la infancia”, según nos cuenta José Luis Mora, en un estudio que nos prueba una vez más como se puede afrontar la redacción de un texto crítico sin renunciar a la belleza de la palabra. Cosa que el lector debe agradecerle.

Dejo para el final, en este apresurado recorrido, la narración del viaje, no sé si utópico, pero sí fantástico, apasionante y nunca visto ni descrito, en el que los sabios Leopoldo Alas, José María de Pereda, Armando Palacio Valdés, Jacinto Octavio Picón, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdos, viajan a bordo del vapor “Progreso”, fletado por el Marqués de Comillas, entregados a una investigación artística y a la vez científica. La investigación se centra en la capacidad de soñar que tienen los personajes femeninos de las novelas de esos autores, y para ello viajan en ese barco, cinco conspicuos personales: Águeda, *De tal palo, tal astilla*, la *Dulce y sabrosa* Cristeta, Isidora Rufete, la *Deshereda*, Amparo, la *Tribuna* y la *Regenta* Ana de Ozores. Sobre las declaraciones de estos personajes y las respuestas de sus creadores, remito al curioso lector a la lectura de este opúsculo que sólo podría haber sido escrito por quien tiene en su mano todos los hilos que vertebran la novela realista española.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA